

DE LIBROS **Críticas**

# Fragmentos de vida y muerte

Periférica reedita una de las colecciones de cuentos de Giovanni Verga, donde el maestro del verismo retrató la Sicilia rural de finales del siglo XIX

IGNACIO F. GARMENDIA

Directamente influido por el naturalismo francés, el verismo italiano tuvo en Giovanni Verga, nacido en Catania, en el seno de una familia de la nobleza terrateniente, a su seguidor primero y más destacado, que tenía ya una trayectoria como escritor de éxito cuando hizo suyos los postulados de la escuela. El prestigio de Verga, estricto contemporáneo de Zola, se debe sobre todo a las dos novelas de su ciclo inconcluso, una pentalogía titulada *Los vencidos*, sumadas a dos extraordinarias colecciones de relatos, *La vida en el campo* (1880) y *Cuentos rústicos* (1883), donde dejó de lado los registros melodramático y sentimental de su obra anterior, de filiación tardorromántica, para retratar, en cuadros escuetos e intemporales, la Sicilia rural de finales del siglo XIX. La primera de ellas, *Vita dei campi* en su título original, ya estaba en el catálogo de Periférica y ha sido reeditada por la serie menor en la misma versión de Hugo Bachelli. Basta acercarse a estos ocho relatos para darle la razón a D.H. Lawrence –traductor de Verga, a quien comparó con Chéjov, y principal responsable de la difusión de su obra en el mundo de habla inglesa– cuando afirmó que el narrador siciliano era un gran maestro del cuento.

“He aquí no un cuento, sino un esbozo de cuento. Al menos se le concederá el mérito de ser muy breve e histórico –un documento humano, como se dice ahora–, y tal vez os interese a ti y a todos los que estudian en el extenso libro del corazón”. Suele citarse el comienzo de *La amante de Malahierba*, un relato estremecedor donde la muchacha aludida en el título se enamora de un bandido al que no conoce y decide acompañarlo en su vida errante, para caracterizar la poética narrativa de Verga con sus propias palabras, que son las de los campesinos, “sencillas y pintorescas, algo toscas para algu-



Giovanni Verga (1840-1922) autorretratado en 1887.

## NATURALISMO Y NEORREALISMO

### Una poética perdurable

En su tiempo y después, la obra de Giovanni Verga ha tenido una influencia notable en otros escritores, músicos y cineastas. El compositor Pietro Mascagni tomó de uno de los cuentos incluidos en *La vida en el campo*, aquí traducido como *Nobleza rústica*, el argumento de su ópera más conocida. Después de su adaptación a los escenarios, el estreno de *Cavalleria rusticana* en 1890, en el Teatro Constanzi de Roma, supuso el punto de partida del movimiento que también en el ámbito musical se llamó verismo, opuesto a los excesos de la tradición bel-

cantista. Puccini, sin embargo, no llegaría a musicar la también celebrada adaptación teatral de *La Loba*, donde Verga presenta el memorable personaje de la seductora que compite con su propia hija. Es visible su huella en autores como d'Annunzio, Pirandello, Grazia Deledda, Pavese o Passolini. El neorrealismo, en particular, tanto en la literatura como en el cine, fue receptivo a una poética que podía encontrar en Verga un claro precedente: baste citar *La tierra tiembla* (1948) de Visconti, adaptación de la novela *Los Malavoglia*, primera entrega

de *Los vencidos*, donde se narra la lucha contra la explotación de los pescadores sicilianos en “aquel mar hermoso y traidor” –como se dice en *Fantasia*, el primero de los relatos de *La vida en el campo*– que también aparece en *Stromboli* (1950) de Rossellini. Más recientemente, la tercera parte de la trilogía *El padrino* de Coppola rinde un homenaje expreso a *Cavalleria rusticana*, que refleja y se proyecta como fondo, en la famosa escena del teatro, de la tragedia de la familia Corleone.



El *mezzogiorno* insular se presenta de modo directo y elemental, sin subrayados ni artificios, como un mundo dominado por la pobreza y sujeto a los estrictos códigos de honor que tasan afrentas y venganzas, a las pasiones violentas, las devociones extremas –como en *Guerre de santos*– y los odios irreconciliables. Incluso cuando las historias comienzan sugiriendo los tonos del idilio en un entorno aparentemente bucólico, como en la más extensa *Jeli, el portero*, acaban llevando a un desenlace trágico. Una especie de lirismo brutal, luminoso a pesar de lo sombrío de las tramas, recorre el conjunto. El enfoque determinista, propio del verismo y de su matriz francesa, pone de relieve el peso atávico del destino, la fatalidad y, descen-

**La crudeza del fondo, a menudo brutal, se opone al tono desapasionado de la forma**

diendo al caso, “esa máscara de indiferencia oriental que parece guardar la dignidad del campesino siciliano”. En otro momento, el narrador celebra “esa valiente resignación a una vida de sacrificio” o, en llamativo contraste con la mayoría de los sucesos narrados, “la serena paz de esos sentimientos bondadosos y simples que se suceden sin cambios y en calma de generación en generación”.

Son ficciones descarnadas, de durísima lucha por la vida, en las que se deja ver, pese a su intención de permanecer al margen, la simpatía de Verga hacia sus criaturas, víctimas de los prejuicios y la ignorancia, sometidas a los instintos, habituadas a la pelea en un entorno de supervivencia. Pero la crudeza del fondo se opone al tono desapasionado de la forma, exento también de paternalismo. Sobrios, contenidos, precisos, los relatos de *La vida en el campo* recrean, lejos de idealizaciones y veleidades estetizantes, genuinos fragmentos de vida y muerte.

► **La vida en el campo.** Giovanni Verga. Trad. Hugo Bachelli. Periférica. Cáceres, 2026. 152 páginas. 14 euros

nos, para mí muy hermosas”. En esas mismas líneas, Verga se refiere a su deseo de que en el relato de los hechos desnudos no se note al escritor ni el proceso de creación, como si la obra hubiera brotado por generación espontánea o se hubiera

hecho a sí misma, sin implicación emocional, mensajes explícitos ni enfadosas moralejas. El narrador, por lo tanto, con la excepción que representan los fragmentos citados, aspira a la invisibilidad en estas historias protagonizadas por pescadores,

pastores, campesinos, ex soldados o mineros, gente del pueblo anónimo que había sido tradicionalmente excluida de la literatura y que ocupa en ellas –por eso pudo ser llamado Verga el poeta de los pobres– un protagonismo infrecuente.